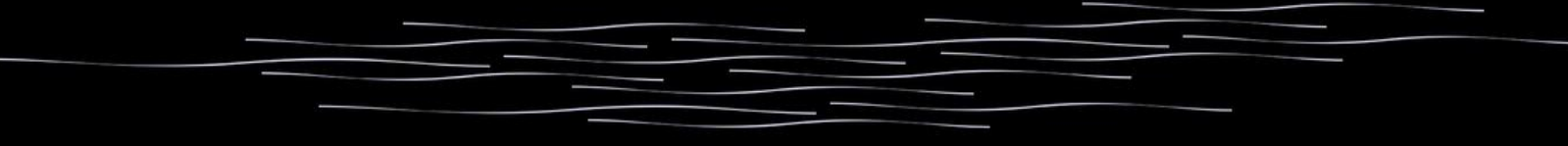


A love Crime



Paul Bourget



Spanish Edition

Un crimen de amor

Paul Bourget

Derechos de autor

Si bien se han tomado todas las precauciones en la preparación de este libro, el editor no asume ninguna responsabilidad por errores u omisiones, o por daños que resulten del uso de la información aquí contenida.

Un crimen de amor

Paul Bourget

Primera edición. 4 de enero de 2021.

Copyright © 2021 Gutenberg LLC

Reservados todos los derechos.

© Gutenberg LLC

Si considera que nuestro libro es valioso, considere una pequeña donación para ayudar a Gutenberg a digitalizar más libros, continuar su presencia en línea y expandir la traducción de libros clásicos. Sus donaciones hacen posible apoyarnos y continuar nuestro trabajo. Puedes donar aquí: [Donar a Gutenberg](#)

Paypal Código QR Donar



Table of Contents

[Title Page](#)

[Copyright Page](#)

[Copyright Page](#)

[UN CRIMEN DE AMOR](#)

[CONTENIDO](#)

[DEDICACIÓN. | A GASTON CRÉHANGE.](#)

[UN CRIMEN DE AMOR | CAPÍTULO I](#)

[CAPITULO DOS](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

EL FIN.

UN CRIMEN DE AMOR

POR

PAUL BOURGET

Autor de un "CRUEL ENIGMA" .

LONDRES

WW GIBBINGS, 18 BURY STREET WC

1892.

—

CONTENIDO

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

—

DEDICACIÓN.

A GASTON CRÉHANGE.

Han transcurrido muchos días, querido amigo, desde nuestra niñez, pero han transcurrido sin que se produzcan alteraciones en los sentimientos afectivos que entonces abrigábamos. En recuerdo de una intimidad de corazón y mente que nunca ha conocido una nube, me es muy grato escribir tu nombre al principio de ese de mis libros que preferiste a todos los demás. Es además el libro en el que he expresado con la mayor sinceridad lo que pienso acerca de algunos de los problemas esenciales de la vida moderna de nuestros días. ¡Ojalá esta completa sinceridad, que sin duda te ha atraído a ti, el ser más fiel y leal que conozco, aboga a favor de la obra ante lectores que, de otro modo, se sorprenderían con una cierta audacia en la representación y una crueldad en el análisis!

Por lo demás, cualquiera que sea el veredicto de la opinión pública con respecto a "Un crimen de amor", como he llamado a este diagnóstico minucioso de un cierto malestar del alma, siempre tendrá un gran mérito a mis ojos, porque será te he complacido y me has permitido una vez más suscribirme, mi querido Gaston, tu siempre fiel amigo,

PAUL BOURGET.

UN CRIMEN DE AMOR

CAPÍTULO I

El pequeño salón estaba iluminado por la tenue luz de tres lámparas, lámparas altas que se apoyaban en jarrones japoneses y que llevaban globos sobre los que descansaban pantallas flexibles de un tinte azul pálido. La puerta estaba oculta por un tapiz; se colgaron dos paredes con otra pieza, que se cubrió con grandes figuras. Ambas ventanas estaban cubiertas con cortinas —ahora corridas— de color rojo intenso y pliegues pesados.

El apartamento así cerrado tenía un aire hogareño, que se veía realzado por la profusión de pequeños artículos esparcidos sobre los muebles: fotografías enmarcadas, cajas lacadas, estuches anticuados, algunas estatuillas sajonas, libros cosidos en cubiertas de material antiguo, como las que se estaban poniendo de moda en el año 1883. En un rincón se veía el follaje ondulante de una planta de hoja perenne. Cerca de él, un piano abierto mostraba sus teclas blancas. Un biombo inglés con vidrios de colores y un estante en el que se podían colocar tazas de té, libros o trabajos, estaba en pliegues a un lado de la chimenea. El fuego ardía con un apacible crujido que acompañaba al sonido procedente de la tetera, ya que ésta recibía las caricias de la llama de su lámpara sobre la mesa baja destinada a tal servicio.

El mobiliario del salón algo abarrotado presentaba ese aspecto compuesto que es característico de nuestro tiempo, junto con la peculiaridad de que todo en él parecía ser casi demasiado nuevo. A primera vista, ciertos indicios leves habrían parecido mostrar que su aspecto parisino había sido intencionado voluntariamente. Los objetos se contrastaban aquí y allá; había, por ejemplo, cucharitas de plata

anticuadas; en las paredes había dos excelentes copias de pequeños cuadros religiosos , a los que ciertamente estaban vinculados los recuerdos de la infancia, y que sólo podían provenir de una antigua casa de campo. Las fotografías, también, atestiguadas, por la vestimenta y el comportamiento de los familiares o amigos representados, a relaciones totalmente provincianas. La sensación de contraste se habría vuelto aún más perceptible para quien visitara las otras habitaciones y encontrara en todas partes señales evidentes de que las personas que habitaban en ellas habían vivido muy poco tiempo en París.

Este pequeño salón pertenecía a una pequeña casa situada en el número 3½ de la Rue de La Rochefoucauld. La parte inferior de esta calle, que desciende en una pendiente muy pronunciada hasta la Rue Saint-Lazare, está formada por varias casas particulares de muy variada construcción y algunas viviendas retiradas rodeadas de jardines. La casa que contiene el pequeño salón fue construida para una actriz por un célebre financiero del Imperio, en un período en el que la Rue de la Tour des Dames albergaba a muchos príncipes y princesas de las candilejas. Demasiado pequeño para adaptarse a una familia adinerada, demasiado inconveniente, debido a ciertas deficiencias en el alojamiento, para los inquilinos acostumbrados a la plenitud del confort inglés, debe haber resultado bastante seductor para las personas acostumbradas a una vida semi-campestre por su atractivo como "hogar". , "así como por la tranquilidad que impregna el final de la calle, que rara vez es ofendida por los vehículos debido a la dificultad del ascenso.

Durante esta tarde de noviembre, aunque las ventanas del pequeño salón daban al patio y éste se abría a la calle, sólo un murmullo tenue y lejano penetraba desde fuera, interrumpido por ocasionales ráfagas de viento del norte. A juzgar por el silbido de este viento del norte, la noche debe

haber sido fría. Así, al menos, opinó un hombre bastante joven, una de las tres personas reunidas en el salón, mientras se levantaba de su silla, dejaba la taza vacía en la bandeja del té con un suspiro y miraba la hora ... trozo.

"Diez en punto. ¿De verdad debo ir a ver a los Malhoures esta noche? ¡Qué desastre es tener una esposa sensata que piensa en tu futuro! ¡Nunca te cases, Armand! ¡Escucha ese viento! Mira, Helen —continuó, apoyándose en el respaldo del sillón en el que estaba sentada su esposa—, ¿qué pasará si no aparezco esta noche?

"Seremos descorteses con algunas personas muy amables, que siempre se han portado perfectamente con nosotros desde que llegamos a París hace un año", respondió la joven; tendió hacia el fuego sus esbeltos pies, con los bonitos zapatos de charol y las medias malva, estas últimas del mismo color que su vestido. "¡Si no tuviera mi neuralgia!" añadió, llevándose los dedos a la sien. "Les pondrás todas mis excusas. ¡Ven, mi pobre Alfred, coraje!"

Se levantó y le tendió la mano a su marido, quien la atrajo hacia él para darle un beso. El hermoso rostro de Helen mostró un dolor visible durante un minuto, durante el cual se vio obligada a someterse a esta caricia. De pie así, con su vestido color malva y ribeteado de encaje, el contraste entre la elegancia de toda su persona y la torpeza del hombre cuyo nombre llevaba era aún más llamativo.

Ella era alta, delgada y flexible. La delicadeza con que su mano unía el brazo que la manga de su vestido dejaba medio descubierto, la plenitud de este brazo, en el que brillaba el oro de un brazalete, la redondez de su delicada cintura, la gracia de su figura juvenil, todo reveló en ella el florecimiento de una belleza corporal en armonía con la belleza de su cabeza. Su cabello castaño brillante, dividido simplemente en el centro, medio ocultaba una frente que era casi demasiado alta, un signo probable de que con sus sentimientos predominaba sobre el juicio. Tenía ojos

marrones, de tez clara, ojos que se tornan color avellana o negros según se contrae o dilata la pupila; y todo en el rostro manifestaba pasión, energía y orgullo, desde la línea demasiado pronunciada del óvalo, que indicaba la estructura firme de la parte inferior de la cabeza, hasta la boca, que estaba fuertemente perfilada, y desde el mentón, que era digno de una medalla antigua, hasta la nariz, que era casi recta, y estaba unida a la frente por un lazo noble.

La pura y viva calidad de su belleza justificaba plenamente el fervor que mostraba el rostro de su marido mientras besaba a su esposa, así como la evidente aversión de la joven se explicaba por el aspecto desagradable de su amo y señor. No eran criaturas de la misma raza. Alfred Chazel presentó el tipo normal de un francés de clase media, que ha tenido que trabajar con demasiada diligencia, prepararse para demasiados exámenes, pasar demasiadas horas sobre papeles o delante de un escritorio, en una edad en la que el cuerpo se está desarrollando.

Aunque apenas tenía treinta y dos años, las primeras señales de desgaste físico eran abundantes en él. Su cabello era fino, su tez parecía empobrecida, sus hombros eran anchos y huesudos, y había una angulosidad en sus gestos, así como una torpeza en toda su persona. Su figura alta, sus grandes huesos y su gran mano sugerían una disparidad entre la constitución inicial, que debió ser robusta, y la educación, que debió reducirse. Chazel llevaba un ocular, que siempre dejaba caer, pues era torpe con sus manos largas y delgadas, como atestiguaba el amarrarse la corbata blanca de noche, tan mal ajustada al cuello ya arrugado. Pero cuando cayó el ocular, se vio mejor el color azul de sus ojos, un azul tan abierto, tan fresco, tan infantil, que a las personas más mal dispuestas les habría costado atribuir el cansancio de este hombre a cualquier exceso. salvo el del pensamiento.

Su sonrisa todavía muy juvenil, mostrando los dientes blancos debajo de una barba rubia, que Alfred lucía en su

totalidad, armonizaba con esta franqueza infantil. Y, de hecho, la vida de Chazel había transcurrido en un trabajo continuo y absorbente, y en una inexperiencia absoluta de lo que no era "su negocio", como solía decir. Hijo de un modesto profesor de química y nieto de un campesino, Alfred, habiendo heredado la aptitud para las ciencias de su padre y la tenacidad de propósito de su abuelo, había sido, a fuerza de energía y con habilidades moderadas, uno de los mejores. el primero a la entrada de esa École Polytechnique que, a juicio de muchos intelectos excelentes, ejerce, con sus sobrecargados y precoces exámenes, una influencia asesina sobre el desarrollo de la juventud burguesa de nuestro país.

A los veintidós años, Chazel se desmayó duodécimo, y tres años después, primero de la Escuela de Caminos y Puentes. Enviado a Bourges, se enamoró de mademoiselle de Vaivre , cuyo padre, habiéndose casado por segunda vez, sólo podía darle una dote muy pequeña. La muerte inesperada, primero de Monsieur de Vaivre , luego de su segunda esposa y de su hijo, enriqueció repentinamente a la joven familia. Nombrado el año anterior para un puesto municipal en París, el ingeniero descubrió que había realizado cien veces más las esperanzas más ambiciosas de su juventud. La fortuna de su esposa ascendía a unos novecientos mil francos, a cuyo rendimiento se sumaban los diez mil francos de su propio salario y los escasos ingresos que le había dejado su padre. Pero esta competencia, en lugar de mitigar la actividad del joven, lo estimuló a la ambición de compensar en honor la desigualdad de posición entre él y su esposa. En consecuencia, había vuelto a las labores matemáticas con renovado ardor . La admisión al Instituto brillaba en el horizonte de sus sueños, como una especie de apoteosis final a un destino, cuya felicidad aludía modestamente a la sabia máxima de su padre: "Mantener el camino correcto".

Añádase a esto que le había nacido un hijo, en el que ya vislumbraba un reflejo de su propio carácter, y no puede dejar de entenderse cómo este hombre se felicitaba a diario por haberse quitado la vida, como lo había hecho, con total certeza. sometimiento a todas las condiciones medias de la clase social en la que había nacido.

¿Pasaron estas diversas reflexiones por la mente del tercer individuo, el hombre al que Alfred Chazel había llamado Armand, mientras contemplaba el cuadro conyugal a través del humo de un cigarrillo ruso que acababa de encender? Una libertad que revelaba el alcance de su intimidad. ¿con la familia? El mismo contraste que separaba a Alfred de Helen lo separaba también a él de Armand. Este último parecía al principio más joven que su edad, aunque él también había pasado los treinta y dos años. Si el abrigo descuidado de Alfred revelaba más bien la delgadez y la desproporción de su cuerpo, el vestido del barón de Querne —así era el apellido de Armand— ceñía los hombros y el busto de un hombre, pequeño pero robusto, y evidentemente dedicado a la esgrima, la equitación, el tenis y todos los hábitos deportivos que los jóvenes de las clases más pudientes han adquirido a imitación de los ingleses, ahora que las carreras políticas —diplomacia, Consejo de Estado y Auditoría— les son negadas por su real o opiniones asumidas.

Las silenciosas joyas con las que estaba adornado el joven barón, la delicadeza de sus manos y pies, y todo en su apariencia, desde su corbata y su cuello hasta los rizos de su cabello oscuro, y hasta la vuelta de su bigote, extendido sobre un labio algo desdeñoso, revelaba esa profunda atención al baño que asume el prolongado ocio de una vida ociosa. Pero lo que preservó a De Querne de la vulgaridad habitual en los hombres que están visiblemente ocupados con las bagatelas de la moda masculina fue una expresión, en un rostro generalmente inamovible, de peculiar agudeza e inquietud. Esta mirada,

que no se parecía en nada a la de un joven, contradecía el resto de su persona hasta el punto de impartir una apariencia de extrañeza a quien miraba así, aunque con el deseo de evadir la observación, y sobre todo de estar las cosas correctas, evidentemente influyeron en su forma de vestir.

Así como Chazel parecía haber permanecido bastante joven de corazón, a pesar del fallo de constitución, el otro, aunque sólo fuera en la expresión de sus ojos, que eran muy oscuros, parecía haber sufrido un envejecimiento prematuro de alma e intelecto. , a pesar de la energía mantenida por su máquina física. El rostro era algo alargado y algo moreno, como el de quien algún día prevalecería la bilis , la frente sin arruga, la nariz muy fina; un pequeño hoyuelo se imprimió en la barbilla cuadrada. Habría sido imposible asignar una profesión u ocupación a este hombre y, sin embargo, había algo superior en su naturaleza que parecía irreconciliable con el vacío de una vida absolutamente ociosa, así como también, como líneas de melancolía en la boca que desterró la idea de una vida de nada más que placer.

Mientras tanto seguía fumando con perfecta calma, mostrando cada vez que rechazaba el humo unos dientes pequeños y cerrados, los inferiores incrustados de forma irregular, lo cual es, dice la gente, un probable indicio de fiereza. Vio a Chazel besar a su esposa en la sien, mientras *ella* bajaba los párpados sin atreverse a mirar a Armand; y, sin embargo, si los suyos se hubieran encontrado con los ojos oscuros del joven, no habría sorprendido ningún rastro de dolor, sino una indefinible mezcla de ironía y curiosidad.

-Sí -dijo Alfred, respondiendo así al mudo reproche que parecía hacerle el semblante de Helen-, es de mala educación amar a la mujer en público, pero Armand me perdonará. Bueno, adiós -prosiguió sosteniendo extendió la

mano a su amigo, "No estaré fuera por más de una hora. Te encontraré aquí de nuevo, ¿no?"

El joven barón y la señora Chazel quedaron así solos. Se quedaron en silencio por unos minutos, ambos manteniendo las posiciones en las que Alfred los había dejado, ella de pie, pero esta vez con la mirada levantada hacia Armand, y este último respondiendo a su mirada con una sonrisa mientras él seguía envuelto en una nube de humo. Aspiró la leve acritud del humo, entreabriendo sus labios frescos. El sonido de las ruedas del carruaje se hizo audible debajo de las ventanas. Era el rodar del taxi lo que se llevaba a Chazel.

Helen avanzó lentamente hasta el sillón en el que estaba sentado Armand; con un lindo gesto tomó el cigarrillo y lo arrojó al fuego, luego se arrodilló ante el joven, le rodeó la cabeza con los brazos y, buscando sus labios, lo besó; parecía como si quisiera destruir de inmediato la dolorosa impresión que la actitud de su esposo podría haber dejado en el hombre que amaba, y en un tono de voz claro, cuya vivacidad descubrió una libre expansividad después de una restricción prolongada, dijo:

"¿Cómo estás, Armand? ¿Estás enamorado de mí hoy?"

"Y a ti mismo", preguntó, "¿estás enamorado de mí?"

Acariciaba la mano de la joven que se había tirado al suelo, y con la cabeza apoyada en las rodillas de su amante, lo miraba con fiebre de éxtasis.

"¡Ah! Coqueteas", respondió ella, "no necesito decírtelo para que lo creas".

"No", respondió, "sé que me amas, mucho, aunque no lo suficiente como para llegar a todos los extremos con el sentimiento".

El tono en el que pronunció esta frase estaba marcado por una ironía que la convertía palpablemente en un epigrama. Era una alusión a las quejas más frecuentes. Helen, sin embargo, recibió la expresión burlona con la sonrisa de una mujer que tiene lista su respuesta.

" Así que siempre tendrás la misma desconfianza", dijo, y aunque estaba muy feliz, como lo atestiguaban suficientemente sus ojos, una sombra de melancolía se trasladó a esos ojos suaves cuando agregó: "Entonces no puedes creer en mis sentimientos sin esto. última prueba? "

"¡Prueba", dijo Armand, "a eso le llaman una prueba! Por qué el don incondicional de la persona no es una prueba de amor, es el amor mismo. Es cierto", prosiguió con un aire más sombrío , "tanto tiempo". como te niegas a ser completamente mía, sospecharé, no tu sinceridad, porque creo que piensas que me amas, sino la verdad de este amor. Con demasiada frecuencia la gente imagina que tiene sentimientos que no tiene. ¡Ah! si amaste a mí, como dices, y como piensas, ¿me negarías a ti mismo como lo haces? ¿Me rechazarías la reunión que te he pedido más de veinte veces? ¿Por qué me la concederías tanto por tu bien como por Mia."

—Armand ... —comenzó así, luego se detuvo, sonrojándose.

Se había levantado y caminaba por la habitación sin mirar a su amante, con los brazos separados del cuerpo y el dorso de las manos en las caderas, como era habitual en ella en momentos de intensa reflexión. Desde que había empezado a amar y había reconocido sus sentimientos al señor de Querne , era muy consciente de que algún día debía abandonar su hermoso sueño de un vínculo que, aunque prohibido, debía permanecer puro. Sí, ella sabía que debía entregarse por completo después de entregar su corazón, y convertirse en la amante del hombre que había sufrido para decirle: "Te amo". Ella lo sabía, y había encontrado fuerzas para prolongar su resistencia hasta ese día, no en la coquetería, ninguna mujer era menos capaz de especular con el deseo infeliz de un hombre para encender su pasión, sino en la persistencia del deber ... sentido dentro de ella.